

**Charla de formación "La fe, motor de vida"
a cargo de Josep Miquel Bauset, monje de Montserrat**

Coincide este encuentro vuestro con el 3er. domingo de Adviento, llamado *gaudete*, por la alegría que nos suscita la venida de Jesús.

Vivimos este domingo de alegría y de una cierta primavera, gracias al papa Francisco.

Los laicos, los movimientos, son aquellos cristianos que están en la primera línea de la vida, son los que reciben las bofetadas, los monjes están en la segunda.

El teólogo Karl Barth dijo que la teología no se puede hacer sólo desde la Biblia, porque puede quedar etérea, hay que hacerla desde la vida cotidiana para que sea realmente significativa.

La fe hay que compartirla siempre. Nos puede ayudar el *cuento / parábola de la sopa de piedras*. Una *piedra* hizo el milagro, que en realidad estuvo en el hecho de compartir. La experiencia de fe es personal, pero hay que vivirla en comunidad. Nunca es una realidad privada. Y la fe que hemos recibido nunca podemos quedárnosla y dejarla cerrada, enterrada, como bien nos indica la parábola de los talentos. Todo lo que recibimos es don, gracia, y es por compartirla.

Hay otro cuento que también nos puede ayudar.

“Un pequeño país, de sólo 10.000 habitantes, tenía un rey al que no gustaba cobrar impuestos a sus súbditos. En este territorio todo el mundo vivía de la viña, y el rey decidió abolir los impuestos. A cambio, y en una fecha acordada, todo el mundo tenía que aportar una jarra con tantos litros de vino como personas había en cada familia. Llegó el día y colocaron unas enormes botas en medio de la plaza, y subiendo con una escalera, todos los cabezas de familia fueron pasando a vaciar las jarras con los litros de vino que les correspondía. Todo el mundo respondió generosamente y el rey, muy contento, se dispuso a hacer un brindis con el vino recogido, que resultó ser: ¡transparente! Ni color, ni sabor, ni olor a vino. Era agua. Muy sorprendido el rey interrogó a los sabios sobre lo que podía haber pasado, y el más lúcido de todos ellos dijo: es un engaño, todo el mundo ha pensado que añadiendo su jarra con agua en lugar de vino, nadie lo notaría”.

Se puede vivir la fe con una actitud comprometida o pensando que como no lo sabe nadie, puedo ir a la mía, y quedármelo todo para mí, engañando y haciendo trampas. El papa Francisco tardó tres días en decir que había que preocuparnos por todos. Cada uno con lo que tenga y pueda aportar, al igual que en la sopa de piedras.

La fe es compartir y vivir la Buena Nueva del Reino. A menudo nuestras comunidades han puesto en el centro los ritos y las normas, a menudo esto es secundario, hay que poner a Jesús y los más débiles en el centro. No podemos olvidar todo el sufrimiento y la debilidad que hay en el mundo y que en buena parte es responsabilidad europea.

Es una fe para compartirla, con confianza, aprendiendo también de los errores.

La fe es compromiso. Necesitamos vivir la fe comprometidos en la realidad de cada día, con denuncias cuando es necesario, o con silencios que nos permitan escuchar a Dios y los demás. A veces los silencios nos hacen evitar resbalones (cuento: *la artrosis y el obispo*, se puede encontrar en uno de los libros de Anthony de Mello).

La fe siempre es compromiso, no es aislarse y allá ellos, hay que ponerse en el lugar de los demás, sólo así se cumplen los requisitos de Mateo 25.

Para encontrar a Dios debemos vivir y probar las llagas de Jesús en los hermanos que pasan hambre, y en aquellos que están enfermos, necesitamos crecer en solidaridad, continuamente. Hay realidades de la vida donde ya no podemos crecer más, como la altura, pero otras no tienen límite ni fondo, como la fraternidad o la solidaridad.

Hay que leer y releer el *Evangelii Gaudium* del papa Francisco, especialmente el capítulo IV.

La fe también es denuncia, tal y como hicieron los profetas, debemos preocuparnos por los más frágiles. El papa Francisco dice que la pobreza se vive tocando la carne de Cristo que es el otro, el que sufre. La pobreza es un escándalo, dice también el Papa Francisco, denunciando el poder deshumanizador de la pobreza. Los pobres son Evangelio, dice el Papa Francisco.

A veces diremos cosas que escandalizarán, como hicieron Juan Bautista o el propio Jesús, y deberemos ser fieles a la fe recibida que necesitamos cuidar y fortalecer.

El papa Francisco dijo a los religiosos de Latinoamérica que prefería una Iglesia que se equivoque a una Iglesia cerrada, y que si recibían alguna carta de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe no era necesario que se preocuparan.

Necesitamos dar voz a aquellos que no tienen voz, tal y como hizo Juan Bautista, y que leeremos en el Evangelio de hoy: Soy una voz que grita en el desierto. Una voz que haga resonar los gritos de los pobres, para que no sean abandonados a las leyes de la economía, convertidos sólo en consumidores.

La fe es esperanza en la posibilidad de un mundo mejor, que no se puede confundir con el bienestar, que puede aguar el significado auténtico del Reino de Dios.

La fe avanza también a ritmo de fracasos. De hecho, la cruz, humanamente hablando, fue un fracaso, incluso para los discípulos. Pero resultó ser como la semilla que hace falta que muera para germinar y dar fruto. Y así la cruz dio lugar a la Pascua, y lo que parecía un fracaso no lo fue. Es la sorpresa de la fe, de Dios. Los discípulos en Emaús dicen "nosotros esperábamos"... "las mujeres dicen". Y en ese camino Jesús comienza a compartir y a reavivar la fe. Incluso de las brasas se puede reavivar un incendio, ¡y aquí en Montserrat lo sabemos muy bien! También una fe gris, desencantada puede reavivar.

La fe también es un tiempo de invierno, con la esperanza de que después vendrá la primavera.

La fe es también un acto de confianza en el sentirnos queridos, y en aquellos que amo, y de ir avanzando y haciendo realidad el Reino de Dios. La fe es un grano de mostaza, ya lo sabéis, no pone Jesús como ejemplo un árbol enorme, como un roble. El otro ejemplo es un poco de levadura, pero sin ésta no hay pan, y el pequeño grano de mostaza tiene también un enorme potencial.

A veces no es fácil poner en equilibrio la teoría y la práctica, pero se trata de perseverar cada día un poco, y no desanimarse e ir avanzando hacia un Dios que sale a nuestro encuentro. La fe significa que tenemos que caminar y cansarnos.

La fe también nos empuja a ser hombres y mujeres honestos, sin trampas, no ir de carnaval todo el año.

“Cuentan también de un rey que quería casarse y llamó las chicas solteras de su país, con intención de encontrar la más honesta para desposarla. Dio una semilla a cada una y les pidió que la plantaran, y añadió que aquella que le llevara la planta más bonita sería la escogida. El día convenido todas las chicas llevaron sus plantas. Salvo una que llegó sin nada. Todas miraron el tiesto vacío, también el rey, que la eligió para casarse. Ante las protestas del resto de chicas el rey explicó que las semillas entregadas eran todas estériles, todas habían mentido excepto la que se presentó con el tiesto vacío”.

Hay que vivir con honestidad y sinceridad. Podemos tomar como ejemplo al cardenal Tarancón, cuando en los años 50 (entonces ejercía de obispo en Solsona), publicó "Nuestro pan de cada día", donde defendía el derecho de los pobres y de los trabajadores a tener pan en abundancia para poder vivir cada día con dignidad. Sin trabajo y sin pan se pierde la dignidad, dijo. Cuatro años antes ya había denunciado las trampas del capitalismo, que permitían que unos cuantos se enriquecieran a costa del sufrimiento de los más pobres.

La fe también es libertad. Se acepta desde la libertad y no se puede obligar a nadie a vivir la fe, no podemos manipular a Dios. Y el mal es un misterio, como otros en la vida, que hay que aceptar.

Algunas cuestiones para la reflexión.

-- ¿Cómo hacer realidad la sopa de piedras?

--¿Cuáles son las tentaciones que tenemos cuando nos encontramos con semillas estériles?

--¿Cómo hacer realidad en nuestra vida el Reino? ¿Cómo lo hacemos crecer?

Paula Carrillo Flores